

*Andrey Shelchkov, Socialistas militares: el laberinto
de la experimentación social (19316-1939)*
Centro de Investigaciones Sociales,
Vicepresidencia del Estado, Bolivia, 2018

Magdalena Cajías de la Vega
Instituto de Estudios Bolivianos-UMSA
E-mail: magdalenacajias@yahoo.com

El reciente libro de Andrey Shelchkov, complementa, enriquece y amplía otros textos publicados por este autor de origen ruso, como la obra “La palabra ‘socialismo’ en Bolivia” (2016), y el texto coordinado junto a Pablo Stefanoni y denominado “Historia de las Izquierdas Bolivianas. Archivos y documentos (1920-1940)”, que salió a luz en 2016, y donde Shelchkov se hace cargo de cuatro capítulos: Los primeros grupos socialistas; La Internacional Comunista y el partido boliviano: Historia de confusión y desengaños; La izquierda en la posguerra del Chaco; y, Roberto Hinojosa: la ruta sinuosa de un intelectual latinoamericano en el siglo XX .

Andrey Shelchkov se ha especializado en las primeras décadas del siglo XX de la historia contemporánea de Bolivia y aunque en sus libros, como veremos más adelante para el caso del que reseñamos en esta oportunidad, no ha descuidado la historia social y económica, sin duda su aporte principal se centra en la historia política y en la del pensamiento intelectual.

Como el mismo lo hace notar, aunque utiliza una amplia bibliografía, tanto de décadas pasadas como actualizada, ha realizado una concienzuda investigación en fuentes documentales. Estas provienen de distintos archivos nacionales, así como de las novedosas y recientemente abiertas al público provenientes de los archivos de la ex Unión de Repúblicas Soviéticas (URSS).

Si bien no conocemos con certeza las motivaciones profundas que lo llevaron a dedicar muchos de sus trabajos a Bolivia, en sus textos se puede advertir un amplio interés en las vinculaciones de intelectuales y políticos bolivianos con el impacto que tuvo en nuestro país la revolución de octubre de

1917. Ese interés se amplía también a otros países de América Latina, en los que explora la creación de partidos comunistas, la difusión del pensamiento marxista - leninista, los apremios de la Internacional Comunista por contar con afiliados en esta parte del mundo, así como la relación de ésta con intelectuales y políticos latinoamericanos que mostraban aptitudes vinculadas a los objetivos soviéticos de impulsar la revolución a nivel internacional, aun cuando este objetivo fue cambiando de escenarios, tácticas y estrategias.

El libro que reseñamos en esta oportunidad no deja de lado estas preocupaciones, pero a diferencia del coordinado con Pablo Stefanoni, en este, Shelchkov está más interesado en adentrarse en las condiciones concretas y procesos históricos de la Bolivia de las primeras décadas del siglo XX que dieron lugar al surgimiento de ese interesante y particular fenómeno político que se ha denominado “socialismo militar”.

Aunque el título daría la impresión de que el autor iba a abordar específicamente ese fenómeno, en realidad lo hace sólo a partir de la mitad de la obra, lo que no consideramos un error, ya que los capítulos que preceden al abordaje de los tres años de los gobiernos de David Toro (1936-1937) y Germán Busch (1937-1939) en los que el socialismo militar se desarrolló desde el poder, permiten comprender los antecedentes que contribuyeron a que esos militares expresen en buena medida las acumulaciones históricas previas.

Justamente en relación al tratamiento que hace el autor de esas acumulaciones previas, es que haremos nuestros primeros comentarios.

Cuando Shelchkov aborda en el primer capítulo a la “Bolivia en la década de 1920”, lo hace intentando una perspectiva que abarque las distintas dimensiones de la realidad utilizando para ello principalmente fuentes secundarias, pero también introduciendo algunos hallazgos muy novedosos de sus investigaciones en archivos.

En relación a lo primero, la estructura económica que se apoyaba básicamente en la minería del estaño monopolizada por los “barones del estaño”, es mostrada por el autor desde una perspectiva bastante tradicional, ya que la describe como la que “empeoró el problema de la dependencia y el atraso del país” (pág.27) y como la base de la emergencia de una oligarquía antinacional. Aunque esa y otras conclusiones no son rebatibles, llama la atención la ausencia de un análisis que, por ejemplo, tome en cuenta las bases echadas por la minería de la plata, las contradicciones internas de esa clase dominante, la larga vocación extractivista de nuestro territorio, y otros. Lo mismo ocurre cuando se refiere al desarrollo del latifundismo, cuyo proceso no sólo respondió a la voracidad de tierras por unos cuantos, sino a la demanda de alimentos de un mercado interno transformado por el desarrollo de la minería, a fenómenos internos de las comunidades, al papel jugado por los mestizos de los pueblos desde tiempos de Melgarejo, etc.

En relación a los puntos en los que se refiere al movimiento obrero y sindical, así como a la “agitación en el campo”, al igual que en su descripción y análisis de las estructuras económicas, Shelchkov mantiene una visión más o menos tradicional de estas realidades. Si bien aporta con una descripción sintética de las primeras huelgas obreras, los levantamientos indígenas más significativos, la represión estatal contra ellos, las miserables condiciones de vida y otros aspectos ya trabajados en varias obras que él mismo cita, eso no sería suficiente. Por ejemplo, se siente la ausencia de una mirada “desde dentro” de los actores, siendo que la bibliografía más reciente –como las biografías de apoderados indígenas– ya nos han permitido acercarnos de mejor manera a cuestiones como las autopercepciones identitarias, las cosmovisiones culturales, la construcción desde debajo de los proyectos emancipatorios, las condiciones de sociabilidad que impulsaron subyacentemente las acciones colectivas, y otros.

Por lo señalado más arriba, considero que lo más destacable de la primera parte del libro es sin duda el análisis de las ideas que comienzan a surgir y desplegarse desde los años veinte, principalmente en sectores de clases medias. Figuras fundamentales como Aguirre Gainsborg, Roberto Hinojosa, Gustavo Navarro (Tristan Marof), Carlos Montenegro, José Antonio Arze, Ricardo Anaya, Waldo Álvarez, Franz Tamayo, y varios otros, son trabajados de manera amplia y compleja. Shelchkov explica como varios de estos representantes de la “generación del centenario” viven contradicciones teóricas, juegan de una u otra manera a espacios de poder, escriben textos de amplio impacto y, sobre todo, contribuyen a desdibujar a la oligarquía y a desarrollar propuestas ideológicas que, aunque asentadas en modelos externos, son adaptadas a la realidad boliviana y adecuadas a anhelos diversos de cambio, sectoriales o de alcance nacional.

Como muestra el autor, estos “intelectuales”, tuvieron mucho de “orgánicos”, ya que lograron vincularse a los sectores sociales subalternos y contribuyeron a generar posiciones alternativas al liberalismo, como el nacionalismo, el socialismo (en sus diferentes vertientes) y el indigenismo. Sólo me llama la atención la poca importancia que da al anarquismo que, a mi modo de ver, fue fundamental –principalmente desde el anarcosindicalismo– en las orientaciones organizativas y de comportamiento colectivo principalmente del movimiento obrero y artesanal de las primeras décadas del siglo XX, además de que esta corriente fue también capaz de dejar huellas fundamentales en el desarrollo posterior del movimiento obrero, principalmente en el proletariado minero (FSTMB) e incluso en la Central Obrera Boliviana (COB), creada en 1952.

Entrando al tratamiento propiamente del “socialismo militar”, el trabajo que reseñamos es muy importante en el análisis de las figuras principales de

esta corriente política, principalmente, David Toro (1936-1937) y Germán Busch (1937-1939), pero también de otras personalidades menos conocidas, que igualmente jugaron roles protagónicos desde puestos claves en la estructura de poder, organizaciones obreras, agrupaciones sociales y políticas. Entre éstas, las Legión de Ex combatientes, la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), la FOL, la FOT-, las distintas agrupaciones de corte socialista, las de orientación fascista, nacionalista, y otras, que aunque afines al socialismo militar, representaron visiones particulares de ese proceso histórico.

Mucho se ha escrito sobre cómo la Guerra del Chaco (1932-1935) actuó como catalizador de ideas nuevas que ya se estaban gestando desde más o menos una década atrás, pero pocos son los trabajos, que, como el de Shelchkov, abundan en detalles de cómo se estructuró –en medio de múltiples contradicciones, idas y venidas, avances y retrocesos– la “ideología del socialismo de Estado”. Además, el autor hace un completo recuento de cuáles fueron sus planteamientos fundamentales, las influencias recibidas desde fuera –como el fascismo, el nazismo, las distintas vertientes del socialismo–, qué reformas impulsaron, las medidas emblemáticas que tomaron–como la nacionalización de la Standart Oil y la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos– las oposiciones de todo tipo que enfrentaron, e incluso las múltiples contradicciones internas que terminaron debilitándolos en el ejercicio del poder.

También vemos cómo más allá de los hechos fácticos que expresaban en medidas concretas la “revolución de las ideas” de la época, y que parecían estar produciendo transformaciones profundas de la realidad boliviana, actuaban detrás de bambalinas las fuerzas desplazadas del poder logrando incluso seguir actuando desde dentro de él. Así, los representantes más significativos de la oligarquía minera –Simón y Antenor Patiño, Carlos Víctor Aramayo y Mauricio Hochschild–, que eran y blanco de la mayoría de las críticas, asustados de perder sus privilegios, intentaban influir con artimañas en que dichas medidas se frustraran o trunquen en el camino de su realización, como ocurrió con el famoso decreto de junio de 1939 que los obligaba a entregar el 100 por ciento de sus divisas al Estado. Lo mismo puede decirse en relación al accionar de los organismos representativos de las élites gamonales o latifundistas.

Pero el autor tampoco descuida analizar los problemas internos de los propulsores del cambio, no solamente porque muchas veces desconfiaban de las posibilidades de sus propias medidas, sino porque no eran capaces de sustraerse a las presiones ejercidas desde las clases dominantes, y tampoco comprendían, en distintos casos, las demandas y exigencias de los sectores subalternos a los que decían representar. Por ejemplo, cuando impulsaron

la “sindicalización obligatoria” quisieron convertir al movimiento obrero en un apéndice del Estado; más aún, quisieron restringir su autonomía de pensamiento y acción cuando las acumulaciones previas de ese sector lo mostraban sobre todo como un actor de carácter contestatario. Y, en cuanto a los indígenas, si bien los gobernantes “socialistas” impulsaron la educación rural y apoyaron la experiencia de Warisata, buscaron restringir los abusos contra los pongos y consideraron parcialmente la problemática de la tierra -aunque soslayaron las propuestas que plantearon una reforma agraria-, lo hicieron desde perspectivas paternalistas y “desde fuera” de las propias comunidades.

También quiero destacar el exhaustivo y completo análisis que el autor hace del proceso que condujo a la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado en octubre de 1938, quizá la medida más importante del “socialismo militar, que fue preparada en el gobierno de Toro y ejecutada en el de Busch. Shelchkov utiliza abundantes y poco trabajadas fuentes primarias para describir cómo se realizaron las elecciones para la Asamblea Constituyente, qué permitió la inédita elección de cuadros obreros y líderes indígenas como representantes de diferentes lugares del país, cómo reaccionaron los partidos tradicionales ante su exclusión de esas instancias de decisión política, cómo la formación del bloque del oriente expresó posturas regionalistas, y cómo se produjo el fortalecimiento de las corrientes políticas que emergieron del Chaco, las que a partir de entonces cobrarían notoriedad y mucha mayor influencia en la sociedad y en los espacios de poder.

Los entretelones de los contenidos de la nueva constitución, que sustituyó a la aprobada en 1880 -que había logrado el récord histórico de permanencia- son analizados con rigurosidad a través de un relato que nos permite ver con claridad quiénes eran los defensores y los detractores de tal o cual posición. El debate sobre la vigencia de la propiedad privada, siempre y cuando cumpla una función social, es de especial interés, ya que esta perspectiva será retomada por los ejecutores de la revolución de 1952 en la adopción del capitalismo de Estado, y podría considerarse que aún tiene un espacio en las definiciones actuales sobre el rol de la economía estatal. Tampoco descuida el análisis de medidas emblemáticas del “socialismo militar”, como la aprobación del Código Laboral, también conocido como “Código Busch”, el que contó con la amplia participación de las dirigencias y las bases obreras en su definición y elaboración, y, por tanto, fue una medida de gran aceptación popular.

Es apasionante el relato sobre los momentos finales de Busch, quien optaría por quitarse la vida el 23 de agosto de 1939, aparentemente muy afectado -o así lo señala el autor- por las crecientes presiones que ejercían sobre él no sólo las élites dominantes e incluso sus propios aliados, así como

por sus grandes dudas respecto a los reales alcances de las medidas tomadas. Más allá de que este actor central de uno de los procesos más ricos haya terminado sus días con escepticismo respecto a su propia obra y al momento tan significativo en que casi por azar terminó convirtiéndose en Presidente de Bolivia, considero que la obra de Andrey Shelkov contribuye sustantivamente a entender más ampliamente y con mejores elementos de juicio lo que considero fue -prestándome de Braudel este concepto- una coyuntura decisiva” para la historia de Bolivia del siglo pasado, y de la cual podemos aun extraer numerosas enseñanzas .